

# Nada es tan serio como la diversión

Juan Villoro

*La imaginación literaria como mecánica de la creación es lo que encuentra Juan Villoro en la obra de Francisco Hinojosa, quien a través de libros como Cuentos héticos, Mexican Chicago y La peor señora del mundo, entre otros, ha creado un universo propio que lo sitúa como uno de los escritores clave de la literatura mexicana actual.*

Francisco Hinojosa es un caso único de la literatura mexicana. Para encontrar algo convencional en su escritura hay que remontarse a sus recónditos orígenes, cuando publicó el largo poema *Robinson, perseguido*, bajo la influencia clásica de Saint-John Perse, y a la tesis de licenciatura que concibió sobre Adolfo Bioy Casares.

Tuve la suerte de vivir con él cuando los dos comenzábamos a escribir. Compartíamos una pequeña casa cerca del convento de Churubusco. Su biblioteca superaba con creces a la mía y mostraba una clara predilección por la poesía y el ensayo. Los intereses de Pancho a fines de los años setenta prefiguraban su insólita literatura: escuchaba cantos gregorianos, tenía un método de su invención para leer *Rayuela* en forma más audaz que las variantes propuestas por Cortázar, se interesaba en la relación entre poesía y matemáticas y anhelaba tripular un planeador.

Era un cocinero desordenado, inventivo y espléndido. La estufa quedaba como un lienzo de Jackson Pollock, pero el resultado valía la pena. Esa exploración del gusto sin recetas anunciaba su arriesgada literatura.

No es fácil que alguien de sólida formación se transfigure en un vanguardista capaz de sugerir que su originalidad carece de antecedentes. Fue lo que ocurrió con Francisco Hinojosa. Si tuviera que destacar el Momento que sirvió de rito de paso para llegar a su nueva y definitiva concepción estética, no dudaría en elegir la tarde en que regresó a casa en estado de éxtasis. Había presenciado un accidente en Río Churubusco. Un camión de refrescos se volcó sin que hubiera muertos, pero las botellas estallaron en el piso y el aire se convirtió en una nube espumosa que olía a impecables naranjas químicas. “¡No sabes qué maravilla!”, exclamó Pancho, con la camisa empapada, como quien acaba de recibir un bautismo.

El poeta que escribía del naufragio Robinson había encontrado un oleaje a su medida. Aquel aire artificial y cargado de edulcorantes era una metáfora de los estallidos que prepararía en la página.

Después de leer los juguetes narrativos de Donald Barthelme, Hinojosa entendió la realidad como un mecano que el lector debe armar y, sobre todo, desarmar. Concibió textos tan escuetos como la lista de com-

pras del supermercado, pero cargados de sentidos ocultos. La forma geométrica que mejor describe sus desafiantes estructuras es el quecosaedro.

Desde su primer libro de relatos, *Informe negro*, no utilizó el disparate para romper la lógica, sino para crearla. Trabaja en escenarios rotos, desmadrosos, desaforados, donde lo real se altera para revelar secretos sin apelar a lo sobrenatural. El narrador que se adentró en una inmensa nube de refresco en Río Churubusco, entendió que su acceso a la fantasía iba a depender de extremar lo cotidiano.

El cuento “La verdadera historia de Nelson Ives” resume sus recursos inventivos. Un escritor de *best-sellers* encuentra estímulos en los sueños y el inconsciente, pero también en los aparatos que le envía su mujer; a tal grado, que tanto él como su esposa acaban convertidos en máquinas descompuestas. En forma fascinante, la trama desarregla la realidad y el propio relato. Estamos ante un dispositivo narrativo sin instrucciones de uso, que al operar en forma inesperada, equívoca, muestra las fisuras del entorno. El arte existe porque el mundo está malhecho. Nada lo capta mejor que un cortocircuito. Por eso, la literatura de Hinojosa saca chispas.

Su sorprendente imaginación no podía limitarse al escéptico mundo de los adultos. La literatura infantil, forma del arte donde la invención puede ser todo lo exagerada que se quiera a condición de que resulte lógica, amplió su cartografía sin fronteras.

Una veintena de libros acreditan a Francisco Hinojosa como el mejor autor infantil de nuestra tradición. Como todo iconoclasta que se respete, es un clásico. Los mundos que ha inventado en beneficio de la inteligencia de los niños son ricos y heterodoxos. Ha reciclado temas eternos, como la competencia entre el bien y el mal (*Léperas contra mocosos*), pero también ha sido altamente transgresor, evitando el final feliz (*Una semana en Lugano*).

Quien haya visto jugar a un niño sabe que nada es tan serio como la diversión. La literatura infantil es una rama de la filosofía —en especial de la ética— que se expresa a través de fábulas. No hay modo de escribir para niños sin abordar las Grandes Preguntas: ¿qué hay más allá de la muerte?, ¿cómo son las cosas cuando nadie las ve?, ¿es posible perder la sombra?, ¿la amistad depende de lo que nos dan o de lo que necesitamos?, ¿por qué los personajes merecen la felicidad que buscan y por lo general reciben en la última página?

Consciente de que al escribir para menores de edad practica un género de altos vuelos, Hinojosa se presentó a un congreso literario presidido por Álvaro Mutis en la Universidad de Las Américas, de Puebla, con un cuento infantil: *La peor señora del mundo*.

Quienes lo escuchamos aquella vez descubrimos un material inaudito, un cuento que satisfacía los requeri-

mientos de la mejor literatura para niños y planteaba una honda parábola moral. ¿Hacer el bien depende de una convicción íntima o de una estrategia de conveniencia? La Peor Señora del Mundo cambia de conducta por una coacción externa. ¿Se trata de un viraje ético? El título del relato brinda la respuesta.

Obra maestra disfrutada por cientos de miles de lectores, *La peor señora del mundo* ha sido adaptada al teatro, la comedia musical, el cine de dibujos animados y el teatro guiñol sin perder su fuerza. Como *Alicia en el país de las maravillas* o *Caperucita roja*, su núcleo refulgente resiste las más diversas versiones.

Con cierto exceso, se considera que el ser humano se caracteriza por el pensamiento. Esta deseable definición es desmentida a diario por congéneres que, sencillamente, se niegan a razonar. En cambio, no hay modo de ser humano sin hacer comparaciones. La clasificación se nos da más que la argumentación. En otras palabras: todo mundo compara al Hinojosa para adultos con el Hinojosa para niños. El gesto es tan ocioso como inevitable.

Pero el escritor Hinojosa sólo puede ser entendido en forma unitaria. Por eso, en este disco, ha decidido leer en los registros variados e indisolubles que conforman su estética.



“A los pinches chamacos” representa el mejor puente entre el narrador que apela a la mente infantil y el que alude a la desconfiada razón adulta. En esta puesta en escena de una voz joven, el lector “escucha” situaciones a un tiempo ingenuas y dramáticas, sórdidas e inocentes. Texto híbrido de un autor inclasificable, “A los pinches chamacos” descifra el misterio de una adolescencia crítica y demuestra que nadie está tan cerca del acabamiento como quien descubre las cosas por primera vez. En un rito de paso algo muere para que algo nazca. Es el tránsito que se cumple en este relato.

He demorado en encomiar la carta superior de Hinojosa, el as con que remata sus apuestas: el sentido del humor. En la tradición anglosajona resulta casi imposible que un escritor de fuste rehuya la ironía entendida como atributo de la inteligencia. En la tradición latinoamericana, el humorismo se ha visto como algo divertido pero poco profundo. Así lo consignó Jorge Ibarguengoitía, excepción risueña en nuestra adusta literatura, en su célebre texto: “Humorista: agítese antes de usarse”.

Hinojosa se atreve no sólo a usar el humor sino a convertirlo en eje y razón de ser de su escritura. Es im-

posible leerlo sin recordar lo que Augusto Monterroso dijo sobre el tema: “La verdadera función del humorista es hacer pensar, y a veces, hasta hacer reír”. El dislate, el sarcasmo, la puntada insólita develan cómo es lo real cuando se despeina y desordena.

Después de perfeccionar sus recursos como cuentista a contrapelo en *Informe negro*, *Cuentos héticos*, *Memorias de un hombre en el fondo bueno* y *Un tipo de cuidado*, Hinojosa regresó a su primer amor, la poesía.

Sabemos, por Karl Marx, que los sucesos históricos tienen tendencia a repetirse; primero ocurren como tragedia, luego como comedia.

*Poesía eras tú* es un romance en los dos sentidos de la palabra; trata de una historia de amor y la relata con la añeja técnica del poema narrativo, que va de los rapsodas griegos y el romance español a los corridos mexicanos.

Enamorado de su musa, el protagonista escribe cartas sin esperar respuesta, confirmando la principal tesis de Denis de Rougemont en *Amor y Occidente*: nada estimula tanto la elocuencia como la pasión no correspondida. Pero no estamos ante un Ovidio que procura *Remedios de amor* sino ante un trovador de oficina, un burócrata de los sentimientos, un licenciado del memorándum emotivo que levanta inventario de su propio ridículo.

Desde el primer momento, el lector se sabe más inteligente y sofisticado que el enamorado que solicita a una legisladora leyes que regulen su libido.

Todo libro depende de la voz narrativa. Para aceptarla y creer en ella debe tener la autoridad que otorga la verosimilitud. Hinojosa logra algo casi imposible: el autor manifiesto del libro es un tarado fascinante. Estamos por encima de él, pero no podemos dejar de leerlo. Esto conduce a una paradoja: el autor externo —Hinojosa— nos manipula con habilidad a través de un incompetente.

En su novela autobiográfica *El mundo*, Juan José Millás habla del desconcertante aparato que vendía su padre: un bisturí que cauterizaba. Con él, un cirujano podía abrir y cerrar la piel al mismo tiempo.

El estilo literario de Francisco Hinojosa es una herramienta semejante: un desarmador que quita tornillos para construir. En sus páginas, las formas descartadas de lo cotidiano se reordenan con inesperada elocuencia. Lo que en apariencia resulta inservible —los equívocos, lo ridículo, los lapsus, las emociones fallidas— va a dar ahí. ¿Es posible que el arte provenga de aquello que parece repudiarlo? Sí, si el artífice es supremo.

Con humor y sabiduría, el juguetero Hinojosa repara el mundo. **U**



Francisco Hinojosa

Este texto forma parte del disco *Voz Viva* de Francisco Hinojosa que próximamente publicará la Dirección de Literatura de la UNAM.